

Tyrone Meehan

La primera vez que vi a mi traidor me enseñó a mear. Fue en Belfast, en el Thomas Ashe, un club privado reservado a ex presos republicanos. Yo estaba cerca de la puerta, junto a la gran chimenea, sentado a una mesa cubierta de vasos vacíos y de botellas muertas. Era el lugar preferido de Jim y de Cathy O'Leary, que me cedían una cama cuando estaba en Irlanda del Norte. Jim O'Leary era un amigo. Había estado en la cárcel por transporte de armas. Era carpintero, pero católico. Así que estaba en el paro, como su mujer. Estuvo en el paro hasta el final.

La primera vez que vi a mi traidor fue aquella tarde, el sábado 9 de abril de 1977, en compañía de Cathy y Jim O'Leary. Jim volvía de la barra sujetando tres pintas de cerveza con sus manazas. Una cerveza amarga, negra, pesada como una comida invernal, coronada por una espuma ocre y dulzona que te revuelve el estómago. Colocó

los vasos delante de mí. Estaba bromeando con un hombre sentado en una mesa cercana. En el Thomas Ashe, Jim conocía a todo el mundo. Una pequeña multitud que vivía entre la libertad y la cárcel, con un lugar en las mesas, para pasar el rato frente a una cerveza, y una rutina tras las rejas. Estábamos en Semana Santa y llevaba bebiendo desde media tarde. Un vaso aquí, otro allá, esperando a que Jim hubiera terminado sus recados. Me había llevado al Rock Bar, al Busy Bee, a otros lugares, protegido por un centinela, desviándose por un callejón, entre una cita en un parque, un apretón de manos al padre Mullan, tres palabras en gaélico murmuradas al cruzarse con alguien, una notita y una intriga entre dos puertas. Y yo seguía a Jim. No participaba de ningún secreto, de ninguna confidencia. Apenas si miraba. Nunca le había hecho preguntas. Sólo estaba orgulloso de acompañarle por las calles inquietas, con todas esas personas que le saludaban. Estaba orgulloso porque me veían junto a él. Se quedaban con mi cara y con mi nombre, Antoine.

La noche acababa de empezar. Las cervezas iban y venían. Me ardían los ojos del humo. Estaba borracho. El impacto de las pintas. La risa de Jim y todas las risas a mi alrededor. El estallido brutal de las voces, el tumulto en oleadas que sacudía las mesas. La mirada de Cathy, que buscaba su reflejo en el vaso. Y también esa música.

—Una canción subversiva —me dijo al oído Jim.

Volví los ojos al escenario.

O, then tell me, Shawn O'Farrell, where the gath'rin is to be?

Me acuerdo de haber cerrado los ojos. Tenía el vaso en la mano y dos vasos todavía llenos me esperaban sobre la mesa mojada.

Los músicos proferían cantos de guerra.

Cuando empecé a viajar a Irlanda no dominaba la forma de hablar de este país. Y cuando se trataba del acento campesino, rugoso, pedregoso de Kerry, o fangoso de Donegal, no entendía nada en absoluto. Dejaba que las palabras inglesas hurgasen en mi memoria escolar. Captaba al vuelo una frase, un sonido, apenas nada. Los músicos proferían cantos de guerra. Una canción subversiva, había dicho Jim. ¿De qué hablaba? No lo sabía. No pescaba nada. Simplemente, escuchaba el dolor del violín y las notas como sollozos. Durante mucho tiempo, de las palabras irlandesas sólo percibía su armonía, su color, su efecto sobre mis vecinos de mesa. Mucho tiempo después, a fuerza de escucharlas una y otra vez, acabaría dando un sentido a aquellos lamentos. El que lloraba por la Gran Hambruna, el que celebraba la insurrección de 1916, el que relataba la guerra de la independencia o el martirio de los huelguistas de hambre. Cuando empecé a viajar a Irlanda, sólo me abandonaba a la gravedad de los que me rodeaban. Los miraba sin levantar los ojos. Me dejaba llevar por la mano alzada de una mujer, o por un

hombre de pie junto al escenario, que aclamaba el canto como un soldado veterano. Asentía como los demás, alzaba el puño como los demás, reía cuando reían los demás y me levantaba cuando se levantaban todos. A menudo, entre dos melodías, un músico hablaba por el micrófono. Era breve, como un saludo. Unas palabras, un nombre que reconocía porque era pronunciado con respeto. Luego el cantante señalaba hacia una mesa, al fondo de la sala. Entonces, un hombre se levantaba, risueño y tímido, y era ovacionado por todos los presentes, que se habían puesto de pie.

—Se ha tirado trece años. Le han soltado esta mañana —susurraba Jim.

O se trataba de la mujer de un preso, a la que daban la bienvenida porque llegaba de otra ciudad. O la madre de un soldado del IRA, muerto en acto de servicio, cuya memoria honraban. O un visitante de Estados Unidos, de raíces irlandesas, bien caliente en su jersey de lana blanca con ochos, abrumado por tantos honores.

Sólo una cosa me resultó inmediatamente familiar: el himno nacional irlandés. El *Soldier Song* fue mi primera referencia. A veces lo tocaban al principio de la velada, cuando se colocan las cervezas sobre la mesa sin ruido, pensando todavía en la jornada que terminaba. Otras veces, la orquesta lo interpretaba al final del todo, para decir que era la hora de cerrar, inmediatamente antes de apagar la luz y de volver a encenderla violentamente,

mientras los camareros recogían los vasos y gritaban a todo el mundo que se fuera a su casa. Siempre me ha gustado el momento del himno. Esta comunión, esta ceremonia de la pertenencia, cuando Irlanda llama a sus hijas y a sus hijos al pie de la bandera. Jim no necesitaba decirme que había llegado el momento. Incluso antes de que empezaran a tocar. En el silencio que seguía a las canciones, en la forma en que los músicos se reorganizaban en el escenario, en el temblor que anticipa un momento solemne, el himno ya había empezado. Y allí, en medio de todos, de pie con todos, con la misma mirada herida, el mismo rostro ceniciento, los mismos cabellos de lluvia, la misma respiración frágil, era como si fuera un irlandés.

* * *

Aquel sábado 9 de abril de 1977 había llegado esa misma mañana, como siempre, para pasar unos días. Había dejado atrás Francia, París, el barrio Europa, mi pequeño taller, el olor de la madera y el barniz, un mundo grisáceo y sin sonrisas, para llegar aquí y cerrar los ojos.

—Estás en tu casa —me había dicho un día Jim.

No era verdad todavía, no del todo. Sólo viajaba a Irlanda del Norte con regularidad desde hacía dos años y a veces me comportaba como un invitado. La gente se sonreía. Empujaba las puertas de los bares en lugar de tirar

de ellas, miraba a la izquierda antes de cruzar la calle, esperaba a terminar mi cerveza antes de pedir la siguiente. Pero aun así. Una vez más, estaba entre ellos. Era el francés que se sentaba a la mesa de Cathy y de Jim. Estaba ahí porque estaba ahí, porque era normal, porque ya me saludaban por la calle, porque los coches del barrio me tocaban el claxon al pasar, porque había llegado sin pedir nada, sin exigir nada, sin explicar nada y sin tomar nada. En Falls Road, en Divis Flats, en Whiterock, en Ballymurphy, en Short Strand, en Springfield, en Ardoyne, en el Market, en Andytown, en esos barrios de enorme pobreza, de belleza fea y de violencia, temidos por los periódicos, Belfast me murmuraba que estaba un poco en casa. No era el único extranjero que caminaba por aquellas calles. Había periodistas deambulando por todas partes, y también militantes de la causa irlandesa, alemanes, ingleses, holandeses, franceses que daban voces, estadounidenses trémulos ante sus antepasados. Merodeaban por los lugares de la lucha republicana, sin poder integrarse del todo. Cuando empujaban la puerta de un pub, las conversaciones morían. Sin maldad, sin agresividad, sin nada. Morían, eso es todo. Dejaban de vivir, por desconfianza y por costumbre. En cambio, cuando yo empujaba la puerta del club y me sentaba a la mesa de Jim, las voces pensaban en otra cosa. Era el *luthier* de París, el silencioso, el que viene a compartir el tiempo.

La primera vez que vi a mi traidor fue aquel día, en aquel club, la víspera de Pascua. Yo estaba de pie, con los puños cerrados pegados a los costados porque los músicos tocaban mi himno. La cabeza me daba vueltas. Cerraba los ojos, envuelto en el olor de la turba. La *Canción del soldado* penetraba de lleno en mi piel. Tras la última nota, la sala aplaudió. No para felicitar, sino para dar las gracias. Me encontraba bien, me había vuelto a sentar a la mesa, junto a la puerta. Jim estaba de pie. Estaba poniéndose el abrigo, haciéndose un lío con las mangas. Cathy cuchicheaba al oído de una mujer que me daba la espalda. Me entraron ganas de mear. Los servicios estaban en el sótano, tras el almacén del bar y los barriles apilados. Había allí una decena de hombres, arreglando el mundo. Manos en los hombros, voces fuertes, juramentos escupidos, miradas turbias, braguetas abiertas delante del canalón de cinc. Era un mundo sólido, rudo, risueño, la voz del tabaco, rostros tallados, pelo pegado por el humo, miradas cansadas. Y yo estaba meando, con la frente apoyada en la pared, las manos protectoras y la orina como un murmullo.

—Ten cuidado con los zapatos, hijo —sonrió mi traidor.

Lo miré. Sus ojos muy azules, las cejas pobladas, el pelo blanco, desordenado sobre las orejas. No estaba afeitado. Bajo la luz de neón, una piel gastada, salpicada de plata. Estaba junto a mí. También meaba. Una colilla en la comisura

de la boca, un ojo casi cerrado. También meaba, pero desde lejos, con un aire casi elegante. De hecho, era elegante. Un hombrecillo, con chaqueta de tweed marrón jaspeada de ocre y verde, una camisa de cuadros pequeños y una corbata de lana oscura. No se había quitado la gorra. Una gorra marrón de espiguilla de Shandon, de pura lana, deformada de tanto usarla. Mucho después, muchos años después, los dos viajamos a Donegal, más allá de Lough Foyle, a la República de Irlanda, sólo para comprarme una igual.

—¿Quieres que te enseñe?

Todavía tenía el himno en la cabeza, las cervezas que quedaban por beber y Jim y Cathy que me esperaban. Los ruidos de fondo, un tintineo de embriaguez. Yo también estaba perdido en la borrachera.

—¿Quieres que te enseñe? —repitió mi traidor.

¿Enseñarme? ¿El qué?

A mear.

Y dije que sí.

Estaba frente al urinario —un canalón que recorría el muro— y mi traidor me puso una mano en el hombro y me inclinó ligeramente hacia atrás. Yo seguía meando. Me colgaba. No había tenido tiempo de guardarla. Se rió. Sin maldad. Sólo le divertía mi turbación. Me preguntó de qué demonios tenía miedo. ¿De que me vieran el sexo? ¿Aquí? ¿En un lugar de hombres? ¿En un bar de presos? ¡Vamos! Sin dejar de sonreír, señaló mis zapatos. Estaba tan cerca de la pared, tan pegado, tan preocupado

por todo, que la orina chorreaba por los azulejos para caer sobre mis zapatos en pequeños y molestos chorritos.

—Así no es —me dijo.

De pie, frente al urinario, retrocedió tres pasos y posó la palma izquierda sobre la pared.

—Así.

Estaba en equilibrio. Los pies separados, una mano por encima de la cabeza, sobre los azulejos, y la otra dirigiendo el chorro. Estaba ahí, como un puente tendido, arqueado sobre el canalón. Me miró. Me dijo que así era. Así. Una vez que el cuerpo se apostaba, lejos del canalón, un hombre podía dejarse llevar. Yo seguía encogido, con la orina sobre mis zapatos.

Estuvo meando mucho rato.

Ya lo había visto antes, aquella misma tarde. Estaba en una mesa grande, cerca del escenario. Una mesa de hombres a la que todo el mundo se acercaba. Lo vi porque me miraba. Hablaba mientras me miraba. Reía mientras me miraba. Alzaba el vaso mientras me miraba. Cuando tocaron el himno, se levantó. Cuando abrí los ojos en la última nota, estaba poniéndose la gorra. Y ahora estaba meando. Enseñándome a mear. Un brazo tendido, el cuerpo en equilibrio y sin salpicar nada.

—¿Francés?

Miré a mi traidor. Mi bragueta seguía abierta. Me la señaló con un gesto del mentón. Salimos juntos, para volver a la sala de luz demasiado blanca.

—Se os nota a la legua. Los franceses mueven el labio superior cuando hablan —dijo mi traidor.

Sonreí tímidamente.

—¿Dónde vives?

—París.

—¿Trabajas?

—Soy *luthier*.

Mirada ladeada de mi traidor.

—¿*Violence maker*?

—*Violin maker*.

—¡Ah! ¿*Luthier*? Eres muy joven.

—Treinta y dos años.

Asintió, abrochándose la chaqueta. A nuestro alrededor, hombres y mujeres empezaban a levantarse. Una muchacha había rodado bajo la mesa. Un muchacho se dejaba llevar por dos hombros amigos.

«Si no crees en la resurrección de los muertos, puedes pasar por aquí a la hora del cierre», decía un cartel colgado detrás del mostrador.

—¿Te quedas mucho tiempo?

—¿Qué?

—Que si te quedas mucho tiempo.

El acento de Belfast. Resulta incomprensible, imposible, en los primeros contactos, cuando «dos» no se pronuncia *tu*, sino *toiye*, cuando una casa es una *haoise*, cuando «pequeño» se dice *wee*, cuando «sí» se pronuncia *haie* y adiós se dice *cherioo*.

—*Are yee hir fer loooong?*

—Sólo unos días. He venido para Semana Santa.

—Semana Santa —repitió mi traidor.

Ya había levantado la mano. Un hombre, desde una mesa, acababa de gritar su nombre.

—¡Tyrone!

Mi traidor se marchó así, sin una palabra más. Cruzó la sala con el brazo levantado para abrazar al que le saludaba.

Jim me esperaba, sentado en un rincón de la mesa. Cathy terminaba un vaso que no era el suyo. Bajé los ojos hasta mis zapatos. Llevaba un cordón desatado y algunos brillos descuidados.

—Ya es la hora, señoras y señores —gritaban los camareros, amontonando los vasos vacíos a lo largo del brazo y hasta por encima de sus cabezas.

—¿Estabas con Tyrone Meehan?

—¿Quién es?

Me había acostumbrado al acento de Jim, y también al de Cathy. No sé por qué. Es como si tuvieran un habla más despaciosa. Como si hicieran un esfuerzo en mi honor. Cuando Jim se dirigía a mí, lo entendía casi todo. No todo, pero casi. Me quedaba mirándole los labios, tratando de traducir, aunque algunas palabras se largaban por delante, por detrás, se perdían por el camino.

—¿Nunca has oído hablar de Tyrone Meehan?

En ese instante, por la voz de Jim, por los ojos de Jim, por su boca, que expresaba respeto hacia el nombre que

pronunciaba, supe que mi traidor era de esos de los que hablan las canciones subversivas. Se llamaba Tyrone Meehan. Tyrone Meehan, que me explicó que, para mear como un hombre, hay que aceptar mostrarse como un hombre. Lejos del canalón, mirando al frente, la mano abierta, la colilla olvidada en la comisura de los labios.

Aquella noche, Jim, Cathy y yo volvimos andando. Subimos por un Falls Road desierto, neblinoso y también lluvioso. Cómo me gusta imaginar ese instante cuando estoy en París, inclinado sobre un violín, y contemplo las sombras de mi calle... Nos cruzamos con dos tanques británicos y con una patrulla a pie. Cuatro soldados abrían la marcha, con el rostro tiznado de negro, vestidos de camuflaje, con los fusiles apuntando hacia delante, hacia la noche, y otros dos iban en la retaguardia, mirando hacia atrás y arrodillándose en posición de tiro al paso de las voces irlandesas. Por las calles, tras los setos, los perros ladraban. Desde una ventana, un muchacho gritó algo que no comprendí. Una chica desafinaba, en algún lugar delante de nosotros. Los británicos venían hacia nosotros. Cuando se acercaron, Jim me tomó del brazo para cruzar la calle. Nada ostensible. Sólo una presión de los dedos sobre mi manga. Una noche me explicó que el Ejército Republicano Irlandés estaba allí, en todas partes, velando bajo el cielo. Si atacaban a esa patrulla, había que procurar que un Jim, una Cathy o un Antoine de París no sembraran la duda entre el tirador y su objetivo. Por eso

el IRA pedía a la población que cambiase de acera al acercarse soldados enemigos. Se dice que tras la muerte de un niño, atropellado por un blindado delante de su casa, los vecinos de la calle habían pintado las fachadas. Todas las fachadas, pintadas de blanco en una noche, desde el suelo hasta la altura de un hombre. Al día siguiente, la calle estaba flanqueada por una larga cinta clara pintada hasta los dos metros de alto. Fue en mayo. Dos noches más tarde, un paracaidista escocés había sido abatido por una sola bala en la garganta por un tirador desde un tejado. Tras registrar una a una las casas bajas e interrogar con dureza a la población, los soldados acabaron por comprender. En esta calle de farolas rotas, los intrusos debían destacarse en la oscuridad. No debían ser confundidos con un paseante, un vecino con prisa, ni con la oscuridad de los ladrillos. Tenían que ser visibles, destacarse, que todo este blanco los rodeara y los dejase expuestos al fusil. De esta forma, los soldados británicos se convertían en sombras, es decir, en objetivos, es decir, en muertos. Los vecinos habían pintado de blanco los muros de su calle para que no escapara ningún enemigo.

—¿Nunca te he presentado a Tyrone?

Le dije que no. Miraba cómo los soldados nos miraban. Eran jóvenes. Estaban tensos. Caminaban sin decir una palabra. Una radio oculta hacía ruido. Jim iba dando tumbos. Cathy se ponía bien el zapato. Todo estaba en silencio, el club estaba lejos, las ventanas, desiertas. Por la

avenida, los últimos taxis negros circulaban lentamente. Algunos gritos aquí y allá, algunos clamores de borrachera. El viento. Una gaviota llegada desde el puerto. El anaranjado de las farolas. Los papeles grasientos de patatas fritas y pescado rodaban por la acera. El helicóptero. Siempre nos seguía, por todas partes, desde lejos, con su ruido de paletas secas y el blanco luminoso de su reflector. No nos seguía a nosotros, evidentemente. Pero también a nosotros, evidentemente. Quizá también a mí, el francés que caminaba con Jim, Cathy, y que acababa de conocer al inmenso Tyrone Meehan.

Entramos en el salón. Jim se sentó en su sillón. Unos restos de turba y carbón humeaban en la chimenea. Sólo unos restos. Esas hogueras llameantes que encontramos grises al volver de la lluvia. La habitación estaba húmeda y fría. Siempre he conocido la casa así, con el papel despegándose, goteras en el cuarto de baño, grandes grietas en el techo y el cristal de mi habitación sustituido por un cartón. Era una casa sencilla, una casa obrera, de ladrillos sucios y techo de pizarra, pegada a una casa idéntica, y a otra, y a otra, y a otra más, alineamiento infinito, sinuoso, católico y triste. En la acera de enfrente había casas idénticas, e idénticas en el callejón de al lado, y en la calleja de detrás, y en todas las calles de los alrededores. La casa de Jim y Cathy era como las demás. Una puerta daba a la calle, otra puerta, acristalada, daba al salón y a la escalera que llevaba al piso de arriba. El salón era estre-

cho. Una televisión sobre una mesita, un sofá tapizado de tela, un sillón y un aparador. En la pared, una foto del papa Pablo VI en un marco dorado, una imagen de Jesús y un cartel de los tejados de París que se habían traído del viaje de bodas. Detrás del salón, una cocina minúscula. Sólo la pila, la nevera y una cocinilla. Sin mesa. En casa de Jim y Cathy se comía con el plato sobre las rodillas. Una puerta daba al jardín, un solar minúsculo, cerrado por una valla de madera coronada por alambre de espino. El cuarto de baño estaba allí. Una caseta, un agujero en una fosa de cemento y una pala para la cal. En el piso de arriba había dos habitaciones. La suya y la mía, cuando estaba allí. Desde la muerte de Denis, su hijo, no habían cambiado nada. Yo dormía en su pequeña cama. Sus dibujos amarilleaban en la pared. Su foto estaba por todas partes. Le había matado una bala de goma en 1974. Tenía doce años. Desde entonces, Jim y Cathy vivían solos. Al principio no habían querido tener más hijos. Luego lo habían intentado. Durante mucho tiempo. Y habían renunciado. Cathy se había hecho pruebas, Jim se había negado. Dijo que tenían demasiada pena, que su deseo de amor estaba enterrado con Denis.

Me había puesto un jersey viejo encima del mío. Me frotaba las manos porque sí, junto a la chimenea muerta. Jim se había dejado puesta la chaqueta. Cuando hacía mucho frío, a veces incluso se ponía el abrigo en casa. Pulsó el mando del televisor. Cathy hizo té. Odio el té.

Nunca he comprendido el té. Una y otra vez, siempre que cruzo un umbral en este país, una mujer me tiende una taza de té. Así que me bebí el té de Cathy. Miré cómo se envolvía en una gran manta marrón. Miré las imágenes que brillaban en la pantalla y la Virgen de plástico que parpadeaba en la ventana.

—Tyrone Meehan es un veterano —dijo Jim depositando la taza.

¿Un veterano de qué?, pregunté.

—*A veteran of vouat?*

—De todo —contestó Jim. De todos los combates, de todo aquello gracias a lo cual estábamos bebiendo un té tranquilamente, casi seguros.

Aquella noche estaba cansado. Una pena. Me gustaba escuchar a Jim. Pero lo escuchaba con la cabeza en otra cosa. El viaje, la cerveza, la meada, la patrulla extranjera con la que me cruzaba con odio y deleite en esta ciudad que quería hacer mía. Jim estaba sentado en su sillón. Cathy, sentada sobre el brazo, y yo, acurrucado en el suelo, junto a mi silla, porque el mundo me daba vueltas. Y Jim me habló de Tyrone.